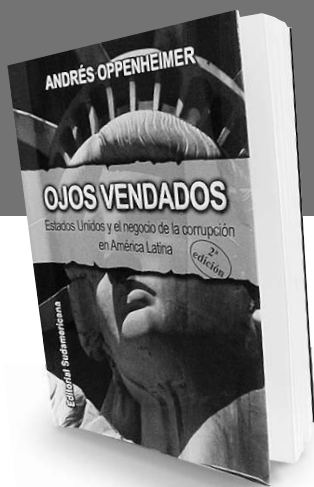


La "miopía" del poder

# Cuando ver la realidad cuesta la vista



*Un libro estimulado en el desafío que un boliviano hizo en un foro internacional. Conducta pocas veces adoptadas por nuestros compatriotas.*

*Fue "Tuto" Quiroga confrontando a "Transparency International" para que haga un "ranking" de la corrupción de las empresas multinacionales. Desafío que no lo asumió "Transparency". Andrés Oppenheimer recogió el guante y escribió el libro materia del presente comentario crítico. Aunque escrito como novela, los nombres y acontecimientos que se presentan en sus páginas son sacados de la vida real no sólo de los sobornos que asedian a un Estado como el boliviano, sino también del lavado de dinero que afectan a "respectables" corporaciones.*

Por Jorge Sandóval Raña

**S**in duda que los tiempos actuales están signados por un estigma: la corrupción que, como nunca antes, desborda las fronteras, incluso de lo creíble. Este cáncer que corroe las estructuras más profundas de las sociedades modernas, es el motivo que indujo a Andrés Oppenheimer a escribir la obra *Ojos vendados, Estados Unidos y el negocio de la corrupción en América Latina*, que brinda un cúmulo de información y datos, por cierto muy valiosos para conocer este mal y, sobre todo, propone instrumentos para combatirlo.

El autor relata que su interés sobre el tema que abraza a los sobornos y las multinacionales, se inició al nacer la década de los 90. Dicha iniciativa, según afirma este escritor, recibió el espaldarazo decidido del "valeroso mensaje que el vicepresidente de Bolivia, Jorge Quiroga, hizo llegar al Foro Global para la Lucha contra la Corrupción". Es con este foro que —a medida que crecía el debate sobre el tema en Estados Unidos, sobre todo después de los gigantescos escándalos de corrupción en Rusia— ganó terreno en Washington la idea de que su gobierno de la primera potencia económica del mundo debía hacer algo contra la corrupción en las democracias emergentes.

Este investigador argentino, relata un rudo incidente protagonizado por su compatriota Carlos Ruckauf, quien dijo —con todas las letras— que había llegado el momento "para dejar atrás los tiempos en que los presidentes de Estados Unidos pensaban que los

gobernantes corruptos de países amigos eran hijos de puta... Es cierto que existen funcionarios oficiales que aceptan sobornos; pero también es cierto que existen ejecutivos que los pagan... Está muy bien exigir que los países del sur combatan la corrupción. Pero los países del norte también tienen que hacer algo con aquellos que pagan sobornos", enfatizó en dicha ocasión.

Cuando al, entonces, vicepresidente de Bolivia, Jorge Quiroga Ramírez, le tocó hablar, volvió sobre el tema. Sus palabras tuvieron mayor impacto que las de Ruckauf entre los funcionarios estadounidenses en la sala, pues habla perfecto inglés y era uno de los funcionarios latinoamericanos más estimados en Estados Unidos. Más aún, esa mañana —prosigue— fue el único funcionario extranjero mencionado por Gore en su discurso. "Quiroga se había hecho conocer en las instituciones financieras internacionales de Washington D.C. ofreciendo a su país para experimentar nuevos sistemas de integridad pública, el nuevo término de la burocracia internacional para la lucha contra la corrupción".

Quiroga se refirió en su discurso al 31 de julio de 1991, cuando días antes de asumir la vicepresidencia, *Transparency International* calificó a Bolivia como el segundo país más corrupto del mundo, después de Nigeria. Contó que tomó el teléfono, "llamó a *Transparency* e invitó al grupo a que viniera a Bolivia e hiciera sugerencias concretas sobre cómo combatir la corrupción... Después de hablar sobre el programa anticorrupción de Bolivia, dirigió su mirada hacia el entonces vicepresidente (estadounidense) y sugirió

que *Transparency International* diera un paso más allá de su índice de países corruptos. Quisiera ver que *Transparency International* hiciera también un *ranking* de empresas multinacionales corruptas: existe una lista de países, pero no una lista de empresas", dijo Quiroga. Acabado el discurso, el tema no se volvió a tocar en el Foro Global

El libro es producto de una investigación que duró cuatro años, incluyó más de 300 entrevistas a distintos gobernantes, líderes empresariales, funcionarios y una serie de individuos relacionados con la lucha contra la corrupción, el tráfico de drogas, o viviendo de ellas. Para ello recorrió cinco países, aunque gran parte de la evidencia se refiere a las corporaciones estadounidenses. Por antonomasia, falta la información de las empresas europeas que se resisten a otorgarla, así como sus gobiernos.

"Su objetivo –se puede leer en el prólogo– es relativamente sencillo: demostrar que el cáncer de la corrupción está tan avanzado en las democracias emergentes de América Latina, que difícilmente podrá ser extirpado –o por lo menos detenido– sin medidas drásticas de ayuda por parte de Estados Unidos y Europa". Concluye, sin embargo, que muchos gobernantes prefieren mantenerse con "Ojos vendados" porque abrirlos exige asumir grandes responsabilidades y riesgos con los detentadores del poder económico. No obstante, insta a que se realicen alianzas internacionales de líderes que pueden iniciar una efectiva lucha contra la corrupción.

Oppenheimer insiste en que "...la corrupción es vista como un problema de las naciones en desarrollo, como las devaluaciones y el agua sucia. Pero poco han hablado de la otra cara de la moneda: el papel de las corporaciones multinacionales y los gobiernos que han sacudido a la región. Es hora de analizar el tema y buscar soluciones (de consenso) que ayuden a todos... Ha llegado la hora de hacer valer el capitalismo sin amiguismo", sostiene.

Este es un libro que no se va por las ramas para denunciar la corrupción como un mal que supera lo moral. "En países donde los contratos se consiguen con sobornos y no por medio de una competencia abierta entre las empresas, los que pagan el precio son los ciudadanos comunes... (quienes) terminan pagando un costo más alto por obras públicas de menor calidad y servicios estatales menos eficientes por no haber sido licitados al postor más competente", subraya.

Sin duda, nada nuevo para los oídos de los ciudadanos bolivianos. Lo novedoso se encuentra en los detalles que presenta acerca de la manera en que se da la participación de las grandes multinacionales en el "negocio" de la corrupción y el lavado de dinero.

Oppenheimer, desde un punto de vista latinoamericano-estadounidense –porque es argentino– con una meritoria carrera periodística en el país del norte, cree que "lo más perjudicial es que la corrupción está generando un escepticismo generalizado sobre la Justicia". Su intención es buena, pero no sabe que el escepticismo, así como la desconfianza hacia los gobernantes y sus socios internacionales, es, ya, una sólida tradición

latinoamericana. Cree que esa conducta se está traduciendo en una masiva evasión impositiva, fuga de capitales y freno a las inversiones domésticas y extranjeras, los latinoamericanos y, sobre todo los bolivianos, lo sabemos hace mucho tiempo aunque muy pocos se atreven a decirlo y, casi nadie a combatirlo de manera real y efectiva. ¿Las razones? tal vez por la escasez de pruebas suficientes, pero también por temor a la represión, la que también es tradición y cultura de las clases gobernantes de América Latina. Es cierto, sin embargo que, con el modelo de mercado, el cuestionamiento asume los términos que utiliza Oppenheimer: "Si los gobernantes y sus amigos en el sector privado roban, ¿para qué vamos a pagar impuestos? Si la Justicia deja impunes a los criminales, ¿para qué vamos a invertir nuestro dinero en el país?" Y podemos añadir: si los que roban son los que mandan y consolidan la posición de los futuros mandantes; ¿qué puede hacer un ciudadano común?; ¿callarse o entrar a la comparsa?

No cabe duda de que son los países latinoamericanos los que tienen la mayor responsabilidad en esta lucha. Pero a la vez, la lucha contra la corrupción y el lavado de dólares no será ganada en el futuro próximo sin cambios en las leyes de Estados Unidos y Europa para imponer mayores controles a sus corporaciones multinacionales y bancos. En este sentido, el autor relata episodios de tráfico de drogas y sus cárteles poderosos, corrupción de funcionarios en ambos lados de las fronteras, lavado de dólares, y sobornos millonarios, silencios políticos pagados y no pagados. Así formula las siguientes preguntas: "¿De qué sirve adoptar leyes contra la corrupción si quienes roban al Estado pueden esconder sus fortunas impunemente en bancos internacionales? ¿De qué sirve imponer castigos más severos a quienes reciben sobornos si los países sedes de las grandes multinacionales no toman medidas para frenar a quienes los ofrecen?"

Aunque menciona nombres y apellidos de los involucrados en acciones de lavado de dólares y soborno perteneciente a grandes corporaciones como el *City Bank* y la *IBM* de Argentina, el autor no ataca a las corporaciones multinacionales como tales, sino a las prácticas corruptibles de funcionarios específicos.

Más adelante, reflexiona sobre las magnitudes de investigar a países y empresas transnacionales: "A juzgar por la lista de *Fortune 500*, de las quinientas empresas multinacionales más grandes, los ingresos mundiales de *Walmart* eran de 119 mil millones de dólares (estadounidenses), o sea mayor que el producto bruto de 92 mil millones de México. *IBM* con ingresos de 79 mil millones, superaba ampliamente el producto bruto de Argentina, de 55 mil millones de dólares anuales. La *General Electric*, con ingresos de 91 mil millones anuales, tenía entradas tres veces más grandes que las de Colombia. ¿Estaba bien que los periodistas dedicáramos tanta energía a investigar a los gobiernos y tan poca a las corporaciones?

"¿Por qué habríamos de hacer eso?", me preguntó. "Para serle muy honesto, nos echaríamos encima una demanda judicial gigantesca, y ¿qué ganaríamos? ¡Nada!" expresa.

Meses después, y bajo presiones de otros directivos de *Transparency International*, la organización finalmente publicó un índice de corrupción en el sector privado, pero se trató de un proyecto tímido e insulso. Obvio, el nuevo índice de *Transparency International* no le quitó el sueño a nadie. Al momento de entrar en imprenta este libro, la lista de percepción de empresas multinacionales más corruptas seguía siendo una asignatura pendiente, no sólo para *Transparency International*, sino para cualquier otro grupo cívico o empresa periodística independiente", relata y expone antecedentes sobre esta conducta. "Me pregunto también si las donaciones de empresas multinacionales a *Transparency International* tuvieron algo que ver con la decisión del grupo de no hacer un índice de empresas corruptas. Si bien *Transparency International* a (escala) mundial está financiada, en gran medida, con fondos de desarrollo de los gobiernos (estadounidense) y europeo, la sucursal de Estados Unidos del grupo depende en gran parte de donaciones de *Exxon*, *General Electric*, *IBM*, *General Motors*, *Lockheed Martin*, *Honeywell*, *Merck*, *Motorola*, *Pfizer* y *Westinghouse*, según puede observarse en su página de internet", enfatiza.

Y nada combatiría con mayor eficacia la corrupción, el tráfico de drogas y los secuestros que regulaciones bancarias que prohibieran que el dinero sucio ingresara en los sistemas bancarios de las principales economías del mundo. En otras palabras, el gran obstáculo para combatir la corrupción no es una imposibilidad técnica, sino la falta de voluntad política.

Los principales protagonistas de este libro, como el lector podrá constatar, no son ni presidentes ni políticos de renombre, sino funcionarios de nivel medio de agencias de justicia o investigadores parlamentarios que deben llevar adelante la lucha contra la corrupción todos los días. Estos funcionarios "por lo general constatan con amargura que sus investigaciones no van a ningún lado, a menudo por órdenes superiores", es la conclusión lapidaria del autor, sobre la cual, usted tiene la palabra de negarla o ratificarla por experiencia propia en el país ■

